





La larga fila

René Martínez Pineda
Docente de la Escuela de Ciencias Sociales,
renemartezpi@hotmail.com

EL MES NOS TIENE EL AGUA hasta el cuello y, sin embargo, el frío todavía es algo abstracto y ajeno; y, la pobreza es todavía un típico accidente personal, una mala jugada del destino, un castigo de dios, un maleficio guanaco que se niega a cruzar las puertas de las aulas, por temor a descubrir sus causas genéticas, por temor a delatar nuestra complicidad... o nuestra falta de valor. Es tiempo de confesaros lo difícil que ha sido ponerle oídos sordos a la aguda voz de la conciencia nacional que se basa en una cultura “innacional”... a la necia voz de la cultura adaptante... a la voz del pecado social que acecha a mi camisa por la noche, sin darle tregua, sin darle agua... a la voz de los que me roban la voz rodeando la cima del sueño y emboscando mis utopías de cuando estudiante... a la voz de los que sí tienen voz, porque tienen membresía del Country Club y tarjetas doradas de viajeros frecuentes.

Está bien, bestias nocturnas y asexuadas de inmensos ojos verdes, palabras alegres, mentiras descomunales y gestos teatrales: ustedes ganan, porque son más, porque hacen más algarabía, porque no les incomodan las componendas ni las prebendas. No hay forma de luchar contra la corriente caudalosa del conformismo y la apatía y el cinismo

si tengo las manos atadas por la espalda, a menos que esa lucha sea para recobrar mi triste destino de salmón y muera del todo cuando, como él, ponga mis huevos en el sitio que me fue designado desde mucho antes de que nacieran el espermatozoide y el óvulo que me dieron la vida.

Yo sé que esta no es una forma elegante de enterrar las balas disparadas, una a una, desde los torcidos renglones de mi cuaderno de sociología; de quemar las banderas izadas en el cerro y en las nocturnas bibliotecas públicas; de esconder la identidad de la garganta que lanzó el grito primogénito (desde una Rotonda corajuda y rotunda, un 19 de agosto de 1960) para denunciar las barbaries finales de la dictadura de Lemus... pero, hace frío más acá de la frontera de la piel... hace frío, y el reloj se empecina en masticar el tiempo de forma monótona y despiadada, para recordarme que debo caminar, derecho, en la dirección que indican las flechas blancas que fueron pintadas por la amnesia que cobija a las ciudades ciegas y a las pedagogías tuer-tas; para que me resigne a hacer lo que está permitido hacer, y nada más; para recordarme que siempre debo entrar por la entrada y salir por la salida —después de marcar tarjeta o pedir permiso— pues, esa es la condición para que ocupe el

lugar que me toca en esta vida; esa es la condición para no ser excomulgado por los zapatos nuevos y los escapularios viejos; esa es la triste condición para graduarme con honores académicos e ideológicos porque no he desaprendido nada o porque me lo creo todo; esa es la condición para cumplir con todos los requisitos de la mediocridad.

Voy a cumplir cuarenta y seis años al nomás desnudarme en los negros brazos del párpado, y aún me orino en la cama, pero, todavía ignoro que se debe a la falta de cariño colectivo y a mi incapacidad de edificar sonrisas diminutas en los márgenes de mis gigantescos libros de Microeconomía y Derecho Mercantil Internacional. Esta es una confesión dura que se vuelve trivial cuando –postado en la sumisa hamaca de las precisiones teóricas; colgado del logarítmico péndulo de la decisión política– recuerdo que recordar a solas es un desvarío zoológico, un suicidio egoísta, un cabalgar desnudo en el viento, un humanismo del diablo, porque no tengo a nadie a la mano que me preste su saliva para pegar los momentos idos en los pliegues de la mirada venidera. Está bien, depredadores de la vida, promotores de la sed unánime, propietarios mezquinos de la protesta social, ustedes ganan, porque son los depositarios, ad honoren, de la agudísima voz de la conciencia patria que maldice a los cuadernos universitarios por los pétalos rojos que guardan; esa voz que me zumba y retumba en los oídos como neblina de traidores; que me atrofia la

conciencia crítica como álgebra esotérica; que me perfora las sienes como si fuera un irremediable dolor de muelas; que me empapa de remordimiento fulminante cada vez que me salgo del carril que me fue señalado por la primera pizarra, por la iglesia constante, por la libertad de cátedra que no forja hombres ni mujeres libres, por la didáctica que me enmudeció para siempre, por la mano blanca de los cuerpos de seguridad que deambula por las sombras de los esqueletos prematuros.

Está bien, tísicos amantes del progreso, castradores estadísticos del alfabeto, amantes del promedio aritmético de los cuerpos sin sentimientos... ni columna vertebral. A partir de mañana, me voy a poner de pie cuando escuche las sagradas notas del himno nacional, con la mano con que me persigno en el corazón –¡tiene que ser esa mano!–; me haré el dormido para no cederle el asiento a las embarazadas crónicas y a las ancianas escatológicas que van rebotando en los ruidosos autobuses que transportan el hambre desde buena madrugada; ignoraré la sonrisa maliciosa de la suela de mi zapato izquierdo que ha perdido el rumbo; dejaré de masturbarme por las tardes para que no me salgan pelos en la mano derecha y perdonaré –por ser mucho menor pecado– los desfalcos e impunidades del gobierno; me aprenderé de memoria el nombre y posición de todos los huesos humanos y le huiré al esqueleto telúrico del niño descalzo que baila su desgracia en el semáforo, o en

el río sucio, o en el prostíbulo, o en el mercado, o en la tierra envenenada con plomo, o en las viejas fichas del profesor de Anatomía Social; veré como enemigo mortal al hermano que me señale mi enemigo; pintaré los dibujos de mi infancia remota sin salirme de los bordes remarcados por las profesoras de Estética y por las hipotecas; me aprenderé –por orden de importancia– y recitaré –sin perder el aliento– el nombre y tamaño y posición de las incontables constelaciones de la Vía Láctea, y no buscaré en los libros de Filosofía Materialista qué significan tres tiempos de comida; copiaré en los exámenes parciales para pasar la materia y me olvidaré de los desvelos pedagógicos y del placer de aprender por aprender.

Aquí estamos, yo y mi máscara (el burro por delante, como si fuera precandidato a la presidencia) frente al espejo que brinda la cultura eternamente colonizada, eternamente súbdita. Máscara. Cara. Máscara. Máscara. Está bien, desertores inconfesos de la dignidad, científicos estéticos, académicos de centro comercial, intelectuales de jornada única: compraré tarjetas de navidad en diciembre y del día de la amistad en febrero, y cada vez pensaré más sólo en mí mismo, y en hacer dinero rápido a costa de la pobreza y de la ignorancia globalizada de mi pueblo; enjaularé pájaros y perros e iguanas para sentirme un exótico carcelero en mi pírrica e infranqueable cárcel de cartón mal reciclado; imprimiré miles y miles –y otros tantos miles más– de

elegantes tarjetitas multicolores con mi título universitario y mi nombre, para repartirlas a quienes se me pongan enfrente.. –mi nombre es Licenciado y mi apellido Doctor, pero por mal nombre me dicen el Ingeniero– y desistiré de averiguar de dónde proviene el semen de mi vida inmensamente amarga y quiénes fueron los responsables intelectuales y materiales de las masacres más horrendas ejecutadas, sin previo aviso, en el mediodía del asfalto olvidadizo; iré al cementerio municipal todos los dos de noviembre y escupiré la espesa sangre universitaria que se derramó en lugar de la mía, gota a gota, un 30 de julio por la tarde; jugaré al insurrecto inocuo siguiendo al pie de la letra el manual impreso por el pequeño-burgués; le apostaré al turismo de la conciencia, siendo un fiel creyente de la Iglesia de las Ofertas de los Últimos Días; tiraré a la basura las revistas de mujeres desnudas y los libros de Carlos Marx, para no caer en la roja tentación de la carne; le pondré buena nota al gobierno, aunque me esté dejando desnudo e iletrado; votaré por los estúpidos y los corruptos para no sentirme amenazado, ni exigido..... para sentirme con posibilidades futuras; guardaré silencio en la iglesia, en la ribera del río sucio, en el aula, en la calle, y en el pasillo de las injusticias, para ganarme el título de hijo meritísimo del país, que hoy sustituye al que nos colgó Roque en su poema de amor; saludaré cada vez que entre a un lugar concurrido –buenas tardes, a todos y a todas– y no le dirigiré la palabra al

sucio lustrabotas del parque sabatino que, con suspiros gramaticales, sueña con el sueño americano al nomás terminar su faena; buscaré la contradicción pernicioso en el cambio social y no en el orden letal; votaré por el plumizo partido de derecha que se persigna con las manos de los curas mártires y de los universitarios inconclusos, para que los ricos terminen de llevarse todo lo poco que tengo... y tendré... y tendrán mis hijos y mis nietos, sin que deje de creer en la democracia, en la movilidad social, en las promociones automáticas, en la bondad académica del examen de suficiencia, y, por supuesto, en el sentido humano del gobierno; no me olvidaré de celebrar el día de la madre y seré un refrendario patológico del pecado original con las que se dejen... o con las que lo necesiten... o con las que quieran aprobar la materia sin que yo pierda mi dignidad; remendaré por la noche los harapos de mis hijos, sin dejar de creer en la fábula de la aguja y el camello, y en el cuento de la teoría del rebalse que repite de memoria el pusilánime profesor de Política Económica; comulgaré con los ojos los domingos en el centro comercial más lujoso, para saberme un devoto feligrés de la religión de la modernidad; le imprimiré con fuego un código de barras a mi historia y un código binario a mi cerebro, para sentirme parte de la sociedad de la información, aunque tenga que consultar mi documento único de identidad cada vez que escriba mi nombre, para no equivocarme; aunque celebre, o

no capte, la falta de cerebro y conciencia social de las engañosas hipótesis deductivas que nunca deducen responsabilidades.

Está bien, aves de corral de doble moral y pico quemado, olvidaré la mirada opaca de los que tienen mejillas sin terminaciones nerviosas y las lágrimas de la madre que jamás encontró el cuerpo roto de su hijo subversivo, que no tuvo tiempo de graduarse de médico en la legendaria universidad nacional; seguiré creyendo que el país vale la pena y que el honor es una terrible enfermedad venérea... aunque los calcetines rotos sigan siendo tan comunes como las espaldas curtidas y el comer salteado... aunque en sus calles se cuenten por decenas de miles los niños descalzos y chorreados; haré de la estupidez una camisa hecha a mi medida y de la ciencia social una camisa de once varas; buscaré empleo de presentador en un noticiero de televisión, o de locutor deportivo, para lucrarme con mi falta de cerebro; expondré mis cicatrices atroces y mis gestos doloridos en la famosa esquina de la muerte, para poder comer en el invierno y en los terremotos; seré un ferviente defensor del crecimiento económico en el que vivo y olvidaré que mi salario se ha convertido en una menstruación social, porque lo tengo una vez al mes y sólo me dura tres días; asistiré —sin ofrendas, ni velas, ni pan dulce— al funeral de los hijitos del vecino que murieron soterrados e iré a enterrar mi voto cada vez que me lo pidan, para no dejar de creer en el civismo, ni en las prome-

sas sin fines de lucro de los próceres del neoliberalismo, ni en las tesis positivistas del profesor de matemática financiera; hablaré sólo cuando me lo permitan y con las palabras que me permitan, sin dejar de creer en la libertad de expresión, ni en la imparcialidad de los medios de comunicación social; limpiaré de migajas la mesa en la que como, aunque me quede con hambre, e ignoraré las raíces profundas del árbol genealógico de la pobreza que me abraza con fuerza, que no quiere apartarse de mi lado, como si fuera una amante incondicional y fiel; dejaré que el sol siga haciendo pedazos mis días y que el profesor de Historia Universal siga mutilando mis alas con las citas interminables de otros que pensaron más que él; me pondré la cara que haga juego con mi nombre para no ser acusado de antisocial; olvidaré que yo soy la razón de ser de todos mis muertos... olvidaré el último gesto de los estudiantes desaparecidos.

Está bien, no diré nada, no diré nada, no diré nada, aunque me asfixie el silencio y tenga que ocultar mis gestos sudorosos en el día. Está bien, degolladores implacables de la conciencia crítica, martirios de la educación, verdugos de las palabras, fiscales de la verdad... dedicaré mis horas libres en los cafetines de la universidad, minuto a minuto, a hablar sobre la tremenda velocidad de los carros deportivos que jamás tendré, aunque siga ignorando la rapidez con que se consume la sed futura y la vida presente de los analfabetas y los arrimados; a charlar

sobre la importancia académica del dinero y las tarjetas de crédito, aunque siga ignorando la explotación de las uñas pintadas y la tristeza feroz de los indocumentados; a fantasear con la esquivada hipotenusa de las compañeras de matemática, aunque siga sin saber cuánto es dos por dos en las calles; a alardear sobre la forma de preparar el mejor de los tragos, aunque siga sin entender cómo elaborar un proyecto contra el hambre; a soñar con la bella sonrisa del arzobispo y la certeza divina de sus homilias neoliberales, aunque me vea obligado a tirar a la basura los libros que cantan las insurrecciones de las milpas; a fanfarronear sobre las excelentes calificaciones logradas sin estudio alguno, o demandando al profesor para que repitiera el examen, aunque siga divorciado de los desvelos de fin de ciclo; a alabar a la patria querida que nos roba el patrimonio y la nacionalidad, aunque siga ignorando dónde quedan las minas expropiadas; a imaginar el jugoso y tibio coseno de la secretaria de la administración académica, aunque me siga valiendo un pepino. el saber cómo se obtiene, con exactitud litúrgica, el área de las parcelas consumidas por el capital financiero o por la nueva presa hidroeléctrica; a arreglar el mundo desde la dulce comodidad de los partidos de centro, desde la seguridad de los bares, desde la neutralidad barroca de las ponencias magistrales, aunque siga sin entender la mundanidad del centro de toda una vida en la calle; a calcular los puntos que regalan en el supermercado,

para que no me siga importando el robo e invasión de los cuatro puntos cardinales de mi tierra; aunque siga ignorando todo lo demás, todo lo que me rodea, incluso la diferencia entre sentir ganas de reír o de matarse.

Está bien, haré todo lo que me piden sin protestar, sin fruncir la cara, sin maldecir, sin putear a nadie, sin decir “esta boca es mía”, sin decir nada, sin sacarle la lengua al gobierno, porque ustedes son muchos, y, entonces, llenaré los requisitos básicos para tomar mi puesto en esa laaaaaarga fila del hombre salvadoreño que se corta las venas por las noches, a mordidas, para saberse vivo; esa laaaarga fila de lomos encorvados, cabezas agachadas, manos de pandereta y penes siempre erectos, que siempre me recuerdan la entrada al matadero, con una piedra en la mano... o la entrada a una universidad que hace de la educación, una maquila; del cerebro, un casillero; del aprendizaje, un acto de repetición litúrgica no fornicaria; y de la mística de trabajo, un exacto reloj marcador... los resultados son los mismos.

Esta bien, esta bien.. haré mía la visión retrógrada de la ciencia y la política para impedir que mis cuadernos

consulten la calle; seré un experto, casi un genio, en el complejo proceso de memorizar más de cien números telefónicos sin dolor alguno, asociando cada uno de ellos con una cara y con una dirección (tres procesos simultáneos que ocupan distintos lugares en el cerebro) pero, no seré capaz de recordar los tres componentes de la fórmula para medir la tasa de mortalidad infantil que aterroriza a nuestros niños.

Pero... no les garantizo absolutamente nada, porque la conciencia es, en mí, un animal indomable desde que, en la universidad nacional de aquellas décadas pasadas, me enseñaron a preguntar el por qué de las cosas, y a demandar el con qué en los platos, y a protestar con la razón bajo el brazo; la conciencia es una enfermedad crónica que sólo se alivia por ratos desde que, en las calles martirizadas y cundidas de cuadernos huérfanos, aprendí a cerrar párpados y a abrir sueños y compromisos, y a deletrear la frase: “lucha de clases”. No les garantizo nada... no les garantizo nada... ¡NADA! porque el remordimiento siempre ha sido un mal ángel de la guarda.